



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

La segunda residencia

Esa casita o apartamento en el campo o la playa, a los que la mayoría de la gente acude en vacaciones o en fines de semana, acabará siendo la primera residencia a pesar del problema del desplazamiento y del transporte

A la mayoría de la gente no le gusta el campo, no le gusta el mar. Al llegar las vacaciones y los fines de semana, muchas personas que habitan en nuestras ciudades se van, emigran por unas semanas, unos días o unas horas. Dicen: nos vamos al campo, o bien, nos vamos a la playa. Y lo hacen. Forman grandes atascos, provocan accidentes y, los que llegan, se instalan generalmente en urbanizaciones, en casitas o en apartamentos abigarrados.

Pero la vida que allí llevan se parece bastante a la vida en la ciudad: quizá la casita o el apartamento sean algo mayores que la vivienda ciudadana que acaban de dejar, aunque eso no es lo corriente. Y una vez allí, casi no se alejan de esa segunda vivienda, como no sea para charlar con los vecinos, ir a una discoteca, comprar en la zona comercial de la urbanización o tostarse como langostinos al borde de una concurrida piscina o en algún rincón libre de la playa. Nadie piensa que estas actividades podrían desarrollarse sin abandonar la ciudad.

El mero hecho de parcelar los bosques o levantar enormes edificios en las zonas costeras, indica un cierto desprecio por la naturaleza. Un bosque cuadrado, cruzado por calles asfaltadas y clareado para poder construir dentro de él las casas de la urbanización, ya no es un bosque, ya no es el campo, y los altos bloques de apartamentos ya no forman la costa, sino que la deforman, pues polucionan el mar que tienen enfrente, llenan las playas y el agua cercana a la orilla de miles de personas que casi no encuentran un espacio para tomar el sol o para nadar.

Es notable el hecho de que las mayores aglomeraciones de gente se produzcan, tanto en el campo como en la costa, alrededor de bares, chiringuitos, merenderos y quioscos: a los tránsfugas de la ciudad les gusta, evidentemente, estar entre multitudes, empujarse, reñir por quién pidió antes ser

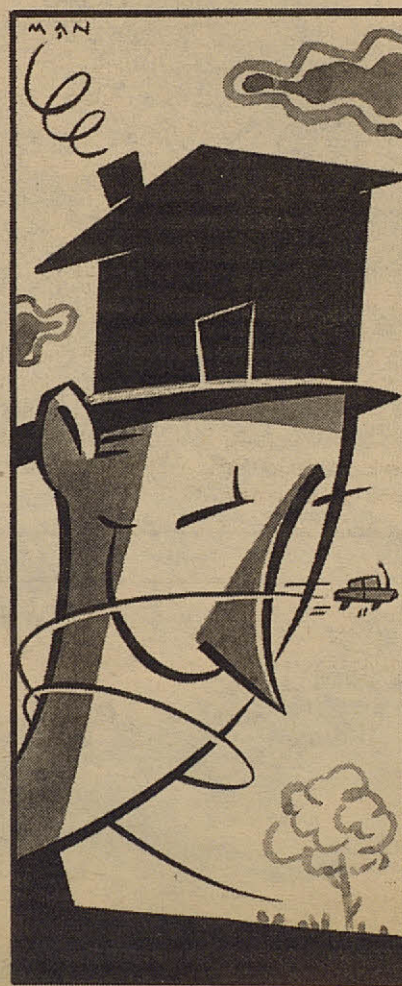
servido o discutir por un derecho preferente a ocupar una mesa.

Está claro que la promoción de la segunda residencia ha alcanzado un tremendo éxito. Por supuesto, se trata de un falso retorno a la naturaleza, pero el sueño romántico de ese retorno está grabado en el inconsciente del ciudadano, como un legado atávico, como un deseo de remontarse a sus orígenes. Y así, tanto las empresas promotoras de urbanizaciones como las personas que adquieren una parcela y edifican allí su casita o las que adquieren un departamento en zona costera, coinciden en un punto: saber que el objeto de tal compraventa no es un refugio situado en plena naturaleza, sino un simulacro, y que en realidad lo que se vende y se compra es un hábitat situado en otra ciudad, en una ciudad de vacaciones a la que se podría llamar ciudad bis, en la que realmente se sitúa la segunda residencia.

¿Qué es lo que le gusta, pues, a la gente? Parece ser que lo que más les apetece es moverse, cambiar de lugar, practicar un moderno nomadismo; encontrar un nuevo uso a su automóvil, que ya no sirve para desplazarse entre el densísimo tráfico de las grandes ciudades, dejar por unos días o semanas su paisaje urbano habitual y preparar una fatigosa paella en la barbacoa de su parcela o en la chimenea de su apartamento marinerío; o también soltar al perro en el jardincito, sentar a los abuelos en sillitas de tijera, librarse de los niños dejándolos en la piscina o en la playa y ponerse morados de tapas y de cerveza. Y luego, arreando, otra vez a la carretera.

¿Es esto amor a la naturaleza? Sí, claro que sí: a la naturaleza urbanizada, al paisaje huido que se observa a través de los cristales del automóvil, en el fatigoso ir y volver de la primera a la segunda residencia.

Pero a estas segundas residencias les aguarda un porvenir asegurado: convertirse en primeras, en únicas resi-



dencias. El alto coste de una vivienda en una gran ciudad, debido a la falta de suelo edificable y a una desenfrenada especulación, ha decidido a muchas familias a vivir fuera de la ciudad, y desplazarse a ella para trabajar o ir de compras. Esto ya sucedió en New York: hay poquísima gente viviendo en la isla de Manhattan, que se queda semivacía por las noches. Una gran mayoría vive en casitas parecidas a las de nuestras urbanizaciones. Por la noche, Manhattan es una ciudad de negros, portorriqueños, chicanos, chinos y ja-

poneses de poca monta.

Es entretenido imaginar Madrid o Barcelona como ciudades de comercio y negocios solamente. La inmigración va a seguir en aumento, eso no hay quien lo pare, ni siquiera el paro, y no va de gracia porque no la tiene. De los barrios periféricos de hojalata y madera, saltarán a otros mejores, y así hasta encontrarse con los emigrantes que han ido tomando el barrio viejo. Menos mal que dicen que no somos demasiado racistas debido a que somos un país mestizo, aunque a mucha gente no le guste oír esto: pero basta releer la historia desde los iberos y celtas para acá, y la cuestión está clara. Sí, ya sé que a muchas familias les molesta imaginar que su hija se case o se junte con un negro, o que su hijo lo haga con una filipina, pero esto va a ocurrir inevitablemente, está ocurriendo ya. Y para que no ocurra, lo mejor es irse lejos, vender el piso de la ciudad y convertir la segunda en primera residencia. Sería una versión española del *apartheid* sudafricano.

Quedará, eso es lógico, el problema del transporte de la casa al trabajo o a la compra en la ciudad. Espero que alguien nos ilumine y haga ver que eso no se corrige ampliando las autopistas. La solución está en el tren, con el que debe conectar una red de metro que abarque toda la ciudad. El automóvil quedará para desplazamientos más cortos —de la casita con jardín al aparcamiento de la estación más cercana— o bien más largos: ir a Extremadura o a Andalucía para ver a los abuelitos o a Andorra, para hacer el jilipollas.

Yo desearía que las cosas no ocurrieran así, que todo fuese más racional y estuviese mejor organizado. Pero ni mis deseos ni los de ustedes pueden nada frente a empresarios y especuladores, por muy irracionales que sean sus decisiones. Además, la gente se acostumbra a todo. No hay que dramatizar, pues el hormiguero humano conoce situaciones mucho peores.